

ISSN: 1139-0107

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

16/2013

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

Francisco de Quevedo, *España defendida de los tiempos de ahora de las calumnias de los noveleros y sediciosos*, ed. crítica y anotada de Victoriano Roncero López, Pamplona, Eunsa, 2013
(Jesús M. Usunáriz)



Universidad
de Navarra

Francisco de Quevedo, *España defendida de los tiempos de ahora de las calumnias de los noveleros y sediciosos*, ed. crítica y anotada de Victoriano Roncero López, Pamplona, Eunsa, 2013. 193 p. ISBN: 9788431329044. 17€

PRÓLOGO, p. 7. INTRODUCCIÓN, p. 11. 1. Humanismo en *España defendida*, p. 13. 1.2. *España defendida: «laus Hispaniae»*, p. 29. 2. Fecha de composición, p. 52. Manuscrito autógrafo: la escritura quevediana, p. 56. 4. Manuscritos y ediciones, p. 63. 4.1. Manuscritos, p. 63. 4.2. Ediciones impresas, p. 64. 5. Nuestra edición, p. 66. BIBLIOGRAFÍA, p. 67. ABREVIATURAS MÁS USADAS, p. 83. *ESPAÑA DEFENDIDA*, p. 85. Cap. 1. De España: su sitio, cielo, fertilidad y riqueza, p. 94. Cap. 2. Del nombre de España y su origen y etimología, p. 109. Cap. 4. De la lengua propia de España, de la lengua antigua y de la de ahora. La razón de su gramática, su propiedad, copia y dulzura, p. 123. Cap. 5. De las costumbres con que nació España y de las antiguas, p. 170. Cap. 6. Del falso origen de las gentes, p. 179. ÍNDICE DE NOTAS, p. 187. ÍNDICE DE LOS AUTORES CITADOS POR QUEVEDO, p. 191.

Ciertamente la *España defendida* de don Francisco de Quevedo, no es una obra de historia, pero sí es una exaltación del pasado de España; la *España defendida*, no es una obra de crítica literaria o de análisis filológico, pero sí un repaso erudito de las virtudes literarias de los españoles en su más amplia dimensión.

El profesor Victoriano Roncero emprende –lo podemos escribir ya– esta magnífica edición de la *España defendida*, con el ánimo no solo de aportar al lector una versión actualizada, normalizada y anotada de esta obra de Quevedo, sino con la pretensión última de analizar las razones que llevaron al autor madrileño a escribir este texto entre 1609 y 1611-1612 –como precisa Roncero tras un examen exhaustivo y sistemático del manuscrito (pp. 52-56) –, inacabado y no impreso hasta el siglo XX.

De esta forma, el editor se muestra en desacuerdo con Henry Kamen cuando considera que Quevedo escribió un panfleto nacionalista con el que pretendía echar la culpa de los males de España a los extranjeros. Se hace necesario precisar, sin embargo, un juicio semejante, erróneo según Roncero, cuando no se tienen en cuenta las razones últimas que impulsaron al autor a escribir el texto, o cuando se desconocen algunas tradiciones y géneros literarios. Esto es lo que se aborda en el completo estudio introductorio de esta edición crítica.

Lo primero que debe tenerse en cuenta es que don Francisco de Quevedo, fue un representante del humanismo europeo del momento, uno de cuyos rasgos constitutivos en los siglos XV y XVI fue el nacionalismo (p. 13) y, en consecuencia, en el caso del autor de *El Buscón*, un «nacionalismo español»; no en vano Quevedo se autodenomina «hijo de España. Este «nacionalismo» –aunque el término no creo que sea el más adecuado para la época, y habría que decan-

tarse por otros como el de «patriotismo», más acorde con las características de la época— es el que va a servir a Quevedo para salir en defensa de España frente a los ataques de afamados autores foráneos.

En segundo lugar debe tenerse en cuenta el género. Frente a quienes consideraban que el fin de Quevedo consistía en escribir una obra de carácter histórico y enciclopédico, Roncero inserta la *España defendida* —en la estela de otros autores, pero con mayor enjundia—, en el género de las «*laudes Hispaniae*», conforme tradición española iniciada por San Isidoro —y con una herencia clásica evidente—, continuada en las obras de Lucas de Tuy, Ximénez de Rada o Alfonso X el Sabio.

En tercer lugar, Quevedo, que utilizará el texto para atacar a todos aquellos que ponían en tela de juicio las glorias de la nación, tuvo especial cuidado —y ahí reside su novedad— a la hora de realizar una revisión de lo escrito hasta entonces para rechazar, mediante la crítica filológica del humanista —las herramientas filológicas de los *críticos* franceses de la segunda mitad del siglo XVI—, todo lo que de falso, legendario y fabuloso perjudicaba a la historia y menoscababa el prestigio de España (p.15), en un «proceso de desmitificación de la antigüedad histórica de España». Así, en varias ocasiones, despreciará fábulas, como la relación de los 24 reyes primitivos de España elaborada a finales del XV por el dominico italiano Anio de Viterbo; o criticará la afición —tan en boga entre sus contemporáneos— de fantasear genealogías familiares o ciudadanas. Se hacían necesarios cronistas que escribieran una historia ensalzadora de las gestas españolas —al fin y al cabo es lo que pretende Quevedo—, apoyados en la escritura de una historia fidedigna e imparcial.

Cierto es que la *España defendida* contiene ataques contra aquellos que ponían en duda, con fundamento, la presencia del apóstol Santiago en España. Pero aquí reside otro de los puntos fundamentales a la hora de comprender al autor de *Los sueños*: la impronta religiosa ineludible del nacionalismo quevediano. Quevedo es el representante de una generación de escritores que «asume para España la protección divina: España se ha convertido en el brazo de Dios para luchar contra los enemigos de España, que son presentados como los enemigos de Dios» (p. 19.). Asume así un «nacionalismo patriótico religioso», según acuña Roncero, nacido de la idea de que España está protegida por Dios, y que es el nuevo «pueblo elegido» por Él.

Gracias a esta impronta de patriotismo religioso, Quevedo defiende la labor evangelizadora en el Nuevo Mundo y en Asia, y ataca la leyenda negra que se extendía por Europa desde la publicación de la *Apología* del calvinista Guillermo de Orange en 1581.

Pero el capítulo más amplio de la *España defendida*, el cuarto, se dedica a las «*laudes litterarum*» es decir, a ensalzar la lengua y los escritores frente las críticas de otros humanistas europeos que habían minusvalorado la importancia de los autores hispano-latinos (Séneca, Quintiliano, Lucano) o dudado, incluso,

RECENSIONES

de su españolidad (Muret, Scaliger). También se aplicará en la defensa de la lengua española frente a los humanistas que habían tachado de mediocre la lengua castellana (Mercator). En este aspecto Quevedo es categórico: el origen del español es el latín (frente a otras ideas absurdas), pero con la presencia de una amalgama de aportaciones (cartagineses, godos, árabes). Bien es cierto que, en esta obra, Quevedo «se convierte en uno más de los lingüistas de los siglos XVI y XVII que se lanzan al intento de atribuir a su lengua el origen más remoto y linajudo posible» (p. 42) y por eso, en su 'investigación' sobre el español primitivo, del que apenas quedaban vestigios, considera que este tenía su origen — a pesar de su antisemitismo — en el hebreo, en la idea de enlazar la antigua lengua del pueblo elegido, con la defensa de la verdadera religión del nuevo pueblo elegido por Dios que era España (p. 43).

En esta línea, don Francisco cantará las glorias de la tradición literaria española en sus diferentes géneros: historiadores españoles, en especial los *Anales* de Jerónimo Zurita, pero también Mariana, Herrera o Fernández de Oviedo; oradores, como fray Luis de Granada; la literatura religiosa (de nuevo el pueblo elegido), y la poesía y la prosa, especialmente la *Celestina* y el *Lazarillo de Tormes*, o poetas como Herrera, Manrique o Garcilaso, o disciplinas como la teología o la traducción, eran ejemplos evidentes de cómo los españoles habían superado a los clásicos y a muchos de sus contemporáneos.

Quevedo recrea, en muchos casos, y a pesar de la su labor crítica, una España casi idílica, a veces tan fabulosa como la de aquellos a quienes criticaba, en la que «no tiene cabida la corrupción» (p. 20) y cuya antigüedad — como ponía de manifiesto el propio nombre de «España» — y superioridad — en las gestas guerreras y literarias — nadie podía o debería poner en entredicho.

No obstante, la *España defendida* ofrece otras posibilidades de análisis que deberían tenerse en cuenta para trabajos posteriores. El contenido 'ideológico' de este y otras obras de Quevedo es posible que recojan el pensamiento político de los intelectuales del momento. Pero, existieron otras formas de abordar y de entender la realidad histórica y el presente circundante, quizás menos apegadas al pensamiento y más a la praxis política, que deberían compararse. Por otra parte, se debería estudiar mejor el porqué de la selección, por parte de Quevedo y de otros autores, de unos determinados acontecimientos, de unos determinados héroes, de unos estereotipos y símbolos, que responderían no solo a una tradición sino que pueden ser la respuesta a una manera de entender, explicar o justificar el presente en el que viven.

La labor de Roncero no acaba en el estudio introductorio, pues se enfrenta, además, con «el texto humanista más complicado de Quevedo» (p. 7). A partir del manuscrito conservado en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, lleva a cabo un encomiable trabajo de fijación textual. La edición contiene 732 notas, todas ellas necesarias y precisas, que hacen el texto comprensible en su conjunto. No debe olvidarse como uno de sus grandes méritos el que haya

RECENSIONES

tenido que abordar numerosas citas de autores en latín, griego y hebreo, e incluso palabras en siriaco, ruso, ucraniano o inglés; ha tenido la paciencia de recoger en nota los casi doscientos autores citados por Quevedo a lo largo de sus páginas y con ello una exhaustiva recuperación de las fuentes utilizadas por él. Todo ello es un ejemplo de la erudición humanística don Francisco, pero que también ha hecho suya el mismo Roncero con este ejercicio de anotación.

Debo apuntar, por último, a raíz de lo expuesto en los últimos párrafos, una reflexión final que no quiero eludir. Los historiadores nos hemos acercado durante ya varias décadas a los métodos de las ciencias sociales, como nuestro gran recurso para la novedad metodológica y temática. Sin embargo, la estrecha relación existente entre la Filología y la Historia desde sus inicios, ha ido desapareciendo de tal manera que el fructífero diálogo de antaño se ha diluido en aras de una pretendida especialización excluyente. Pero los historiadores –dejaremos para otro momento las críticas hacia los filólogos– debemos reconocer, con humildad, que no sabemos hacer buenas ediciones críticas: sin el amparo metodológico de los filólogos cometemos errores de transcripción, anotación, puntuación y, lo que es peor, de interpretación. Trabajos de edición crítica, como los de Victoriano Roncero son, por tanto, un ejemplo de los que debemos aprender.



Victoriano Roncero López es profesor de la State University of New York at Stony Brook y especialista en Quevedo, en la novela picaresca y el Humanismo del Siglo de Oro. Es autor de numerosos artículos y capítulos de libro, de monografías como *Historia y política en la obra de Quevedo* (Madrid: Pliegos, 1991), *El humanismo de Quevedo: Filología e Historia* (Pamplona: Eunsa, 2000), *De bufones y pícaros: la risa en la novela picaresca* (Frankfurt am Main: Vervuert, 2010), editor de varias obras colectivas como *Demócrito áureo. Los códigos de la risa en el Siglo de Oro*, Sevilla, Renacimiento, 2006 (con I. Arellano) o *La violencia en el mundo hispánico en el Siglo de Oro* Madrid, Visor, 2010 (con J. M. Escudero). Es responsable de numerosas ediciones críticas como, entre otras, *Historia de la vida del Buscón llamado don Pablos, ejemplo de vagamundo y espejo de tacaños*, (Madrid. Biblioteca Nacional, 1999), *El lirio y el azucena*, de Calderón de la Barca (Kassel, Reichenberber, 2007). Es, además, Director del Instituto de Estudios Auriseculares/Institute of Golden Age Studies (IDEA/IGAS).

Jesús M. Usunáriz
Universidad de Navarra